

11. Reinhart, Kurt F.: *Fray Alonso de la Vera Cruz and the beginnings of philosophical speculation in the Americas*. «The Americas», (Quarterly review of Interamerican Cultural History. Published by the Academy of American Franciscan History), Washington, D. C.; vol. I, n. 2 (Oct. 1944), pp. 207-214.

12. Robles, Oswaldo: *Fray Alonso de la Vera Cruz. Investigación filosófica natural: los libros del alma. Libros I y II*. Introducción, versión y notas. Imp. Universitaria, 1942 (Biblioteca de Fil. Mexicana, vol. I).

13. Ortiz del Castillo, Lourdes: *La filosofía natural de los vivientes en Fray Alonso de la Vera Cruz*. Anuario de Filosofía del Seminario de Investigaciones Filosóficas de la Fac. de Fil. y Letras. Univ. Nacional Autónoma de México, vol. I, 1943 (México, 1944), pp. 9-45.

14. Bolaño e Isla, Amancio: *Contribución al estudio bibliográfico de Fray Alonso de la Vera Cruz*. Prólogo de Agustín Millares Carlo. México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, 1947, 156 págs. (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, vol. 21). En el cap. I: Noticia acerca de las fuentes documentales y bibliográficas utilizadas en la presente monografía.

* Mientras estaba en prensa este trabajo, ha llegado a nuestras manos una nueva obra de Oswaldo Robles, en la que se dedica el primer capítulo (págs. 5-36) al P. Alonso de la Vera Cruz: *Filósofos mexicanos del siglo XVI. Contribución a la historia de la filosofía en México*. Librería de Manuel Porrúa, México, 1950, 160 págs.

Vera Cruz es llamado con razón «el iniciador de los estudios filosóficos en la Nueva España». Robles presenta el aspecto antinomialista de Vera Cruz, como genuino representante de la escuela de Vitoria en Salamanca. El antinomialismo lo estudia Robles en la *Dialectica Resolutio*, la *Physica speculatio* y el *De Anima*. Es evidentemente clara la posición antinomialista de Vera Cruz y su fundamental tomismo. Pero creemos que Robles hubiese presentado más integralmente la posición de Vera Cruz haciendo notar la valoración de «probabilidad» que Vera Cruz concede al nominalismo, sólo «opuesto a Aristóteles», al paso que la doctrina de Heráclito es «falsa» y la de Platón «ficticia» (*Dial. Res.*, tol. 7 vb), y sobre todo al escotismo, y la conexión con éste en algunos puntos. Echamos de menos la conexión de Vera Cruz con Soto. Coincidimos con el buen estudio de Robles en la importancia y significación de la actitud moderada y realista de Vera Cruz frente a los abusos de la Dialectica.

TELEILAT GHASSUL

Por JOSÉ J. RÉBOLI, S. I. — San Miguel

Hasta el momento actual, en que todo suena a guerra, nos hallábamos en la época de las grandes excavaciones. Habían sido puestas de manifiesto enteras civilizaciones. Habían salido a la luz del día ciudades y pueblos soterrados por el polvo de los siglos.

Tal ocurrió con Teleilat Ghassul, que, debido a la actividad arqueológica del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, se nos presenta como uno de los estratos más antiguos de la cultura primitiva de Palestina. De tiempos protohistóricos.

El resultado de dichas excavaciones ha sido encerrado en dos magníficos volúmenes, fruto sazonado de sabia investigación*.

A nuestras manos ha llegado tan sólo el primero.

Se inicia con un sustancioso prólogo del P. Agustín Bea, S. J., Rector hasta hace poco del Instituto Bíblico. En forma sintética traza la historia de las excavaciones practicadas desde 1929 a 1932. Presenta sus principales actores y colaboradores y cuantos de una u otra manera cooperaron al éxito de la empresa. Prólogo interesantísimo, denso de sentido, clásico en la forma.

La parte central de la obra está constituida por los eruditos estudios de los PP. Alejo Mallon, S. J. y Roberto Koeppel, S. J. y del Sr. René Neuville, cónsul del consulado francés de Jerusalén.

Una página luctuosa abre este estudio técnico: el benemérito P. Alejo Mallon ya no estaba entre los vivos al publicarse este volumen. El precisamente, que con feliz instinto intuyó en Teleilat Ghassul un sitio de gran investigación arqueológica y trabajó en él con férrea constancia, y donde finalmente contrajo la malaria que lo llevó a la muerte (7 de abril de 1934).

El P. Koeppel nos informa (pp. 3-26) de los adjuntos externos de la excavación: geográfico, geológico, climático, etc., así como también de la profundidad de la misma. Lo que más importa hacer resaltar es que Teleilat Ghassul se halla en la región nortoriental del Mar Muerto, a unos 5,50 kms. al este del Jordán, esto es, en la Transjordania.

* Alexis Mallon, S. J.; Robert Koeppel, S. J.; René Neuville: *Teleilat Ghassul*. — I. Compte rendu des fouilles de l'Institut Biblique Pontifical. 1929-1932. Rome 1934. 30 x 23 ctm. Págs. XVIII - 193. Planchas fotográficas 72.

Esto establecido, como trabajo previo, pero no por ello menos necesario, el P. Mallon y el Sr. Neuville nos dan cuenta en forma objetiva y escueta del abundantísimo material arqueológico allí encontrado (pp. 29-193).

Ordenamiento de las casas, murallas de ladrillo, objetos domésticos, generalmente de piedra, objetos de hueso y de cerámica, ya sencilla ya adornada, restos humanos.

Las listas de tales hallazgos se suceden en páginas y más páginas, listas que dan la sensación de impresionante variedad y de abundancia incalculable.

Lo más sorprendente son las pinturas encontradas. Pintura de pies de personas que parecen ir en manifestación religiosa. Pintura de un pájaro. Pintura de una estrella. Las dos últimas en colores vivos y de relativa belleza. La pintura de la estrella, puesta al comienzo del libro, tiene en su parte derecha una serie de diferentes seres de difícil interpretación.

Tales objetos cuidadosamente guardados y ordenados en las vitrinas del museo del Instituto Bíblico de Jerusalén, filial del de Roma, han interesado a los más insignes arqueólogos, quienes los visitaron y examinaron detenidamente. Vayan entre otros los nombres siguientes: RR. PP. Lagrange, O. P. y Vincent, O. P.; los Sres. Albright, Boehl, Crowfoot, Duncan, Fischer, Flinders Petrie, Garstang, Sukenik, Welter (Prólogo, p. IX).

El capítulo último (p. 141-163) estudia los tells vecinos al nuestro; en algunos de los cuales se han hallado restos de una civilización parecida a la de Teleilat Ghassul.

Por todo el correr de la obra se tropieza con gran multitud de esquemas, gráficos y dibujos que ilustran acertadamente las explicaciones.

Terminan el libro más de 72 planchas fotográficas, las postreras en color, de una nitidez y exactitud extraordinarias, debidas a la precisión y habilidad de nuestro condiscípulo del Instituto Bíblico de Roma, el holandés Juan Simon, S. J.

Con lo dicho tenemos brevemente apuntado el contenido del libro que nos ocupa.

¿Cuáles son los resultados? Pueden reducirse a dos: el uno más o menos cierto; el otro, probable y sujeto a discusión.

Cuanto a lo primero, estas excavaciones nos han venido a demostrar la existencia de un pueblo pacífico e industrial, dedicado a la agricultura y a la cría de ganado. Trabajaba admirablemente el sílex y las piedras duras, la madera y el hueso. Manejaba la arcilla, cardaba y tejía la lana de sus ovejas, pintaba los recipientes; y finalmente sobre los muros de las casas expresaba noblemente sus ideas religiosas por medio del dibujo y del color (pp. 162-163).

Ese pueblo que había llegado a tan alto grado de civilización desapareció en una catástrofe general, de la que ya no se levantaría jamás.

La vida humana fué eliminada para siempre de ese sitio, y el tiempo aplanó y niveló de tal manera sus ruinas, que vendrían éstas a confundirse con la llanura circundante (p. 168).

¿A qué época debe atribuirse esa civilización y en qué época desapareció?

Sería ciertamente prematuro el intentar precisarlo; pero nada impide el remontarla más allá de la época del bronce (hacia el IV milenario). Dicha ci-

vilización se desarrolló durante el III milenario y se extinguió en los primeros siglos del II. El hecho resulta evidentemente del conjunto del mobiliario de los tells descritos y especialmente de la cerámica (p. 160).

Respecto del segundo resultado, probable y sujeto a discusión, se reduce a lo siguiente.

Hasta hace poco tiempo, la opinión corriente era que la Pentápolis estaba situada al sur del Mar Muerto.

Pero las últimas investigaciones lo han puesto en duda.

En efecto, del estudio arqueológico de las ruinas de la ciudad de Zoara de Flavio Josefo situada al sureste del Mar Muerto (parece recordar el nombre de Seor: Gén. 14, 2 y 19, 22) llevado a cabo por Albright y Kyle y el P. Mallon en 1922, se desprende que su estrato romano-bizantino se asienta directamente sobre el suelo natural; dicho lugar por consiguiente no fué ocupado en tiempos más remotos (Bea, *Prólogo*, p. XI).

Quizá el examen geológico podría revelarnos qué posibilidad tenía la opinión por muchos sostenida, que las ciudades destruidas hubiesen sido sumergidas y sepultadas en el fondo de la parte meridional del Mar Muerto. Pero el P. Koepfel, después de repetidos sondeos y estudios, ha venido a concluir que la parte sudoriental, desde el diluvio (geológico) estuvo siempre cubierta por las aguas; y que, por tanto, por razones geológicas no podía hallarse allí ninguna ciudad dentro ni en las costas de dicho mar. Por razones meteorológicas quedaba igualmente excluido un sitio en el lado *sudoeste*. (Bea, *Prólogo*, p. XI).

De ahí es que muchos arqueólogos y escrituristas volviesen sus ojos a la parte norte y tuviesen a Teleilat Ghassul y a los tells circunvecinos como los lugares propios y adecuados de la Pentápolis Bíblica. (Gén. 14, 1-2 y 19, 24-28).

Pero para otros no menos distinguidos debe colocarse, como hasta ahora se había hecho, al sur del Mar Muerto.

Usando de un término ahora en boga, se han dividido los exégetas en *sudistas* y *nordistas*.

Ambas opiniones esgrimen poderosos argumentos. Queda abierta la discusión.

JOSÉ J. RÉBOLI, S. I.